

con materiales bastantes para toda la temporada. La dulce placidez que le proporcionaba el ser amado por la encantadora Eva, el enervamiento de los días de verano en la frescura de un hermoso jardín y las discusiones artísticas con Lavirón y Pinchart ocupaban tan deliciosamente su tiempo, que el áspero ardor del trabajo, que tanto le había aguijoneado otro tiempo, se calmó, y gozó las horas de su vida dichosa como si hubiese tenido la seguridad de que no iba á tener otras que pudiesen ser comparadas á las presentes.

Eva le acariciaba, le quería y le mimaba, encontrando muy natural la pereza de su gran hombre, y tenía la seguridad de que bastaría golpear el fértil terreno de su genio para que manase de nuevo y con abundancia la fuente de la inspiración. Le tenía á su lado, le sentía completamente suyo, y con exquisito placer olvidaba al artista por el hombre que había sabido hacerse amar. Con mucha sinceridad, viéndole joven y lleno de encantos personales, se preguntaba si no habría sentido el mismo amor por Derstal si hubiese sido un simple aficionado, en vez del creador incomparable, y si no la habría seducido con el solo encanto de su persona del mismo modo que la había enloquecido con su genio. En sus horas de clarividencia, Eva pensaba que era preferible no profundizar estas cosas y contentarse con la felicidad tal y como se le ofrecía, completa, como es siempre que se adorna con los encantos de la juventud.

No obstante, hacia el fin del verano, una nube oscureció bruscamente los esplendores de ese hermosísimo cielo. Un día que Derstal había ido á París, regresó á la hora de comer con una inquietud tan grande retratada en la mirada y una preocupación tan visible, que Eva hubo de sorprenderse dolorosamente. Como Lavirón y Pinchart estaban allí, no creyó oportuno interrogar á Oliverio; pero pudo observar que durante la velada se encerraba en un mutismo desacostumbrado en él. Fué en vano que Lavirón, que estaba de vena aquella noche, expusiera sus más brillantes teorías; pues Derstal le escuchó sonriendo forzosamente, con aire distraído, y para no discutir las palabras del crítico le dejó hablar solo. No hizo más que fumar cigarrillos, y se envolvió en una nube de humo, como si con ella quisiese ocultar su rostro á las miradas de su amiga. En cuanto Lavirón y Pinchart se hubieron marchado, Eva recobró su libertad de acción y pudo interrogar á Derstal. Al principio, éste se encerró en vagas negativas, asegurando que no le sucedía nada y que Eva se equivocaba. Un poco de fatiga era, sin duda, lo que le hacía creer que estaba inquieto. Pero Eva no se dejó convencer, y tanto insistió, y con tenacidad tan afectuosa, que Derstal acabó por confesar que estaba preocupado por cuestiones de dinero. Había gastado más de lo que razonablemente podía gastar; su vanidad le había arrastrado á vivir en condiciones costosísimas, y se

encontraba con que tenía que hacer frente á vencimientos que había olvidado inmediatamente después de aceptarlos, no pudiendo satisfacerlos por no permitírsele sus recursos. Aquel día había ido á casa de su agente, que sólo había podido pagarle una corta cantidad por derechos, más que insuficiente para sacarle de apuros; y había visto después á su editor, que se le había lamentado de haberle adelantado mucho dinero sin recibir de él ni una sola nota. Las representaciones de *Erín* habían producido todo cuanto de ellas se podía esperar, y era preciso darse prisa para estrenar *La Veneciana*. Ante esta declaración, Eva replicó con energía:

—Es preciso estrenar *La Veneciana* cuando esté terminada á tu gusto, y no un solo día antes. Sólo una cosa debe ser el objeto de nuestros esfuerzos: tu gloria. ¿Sacrificar tu triunfo á una preocupación de dinero?..... Eso sería la mayor de las locuras. Acuérdate de lo que el otro día decíamos con Lavirón. Un artista no debe trabajar más que teniendo una gran libertad, y hacer una obra cualquiera con los ojos puestos en el dinero que tenga que producir, es matar la inspiración. Toma el tiempo que necesites; no escuches más que á tu conciencia, y no escribas una sola nota sin tener la seguridad de que habrá de contribuir á la belleza de tu obra.

—Pero la vida continúa, y no se puede pagar á los acreedores con semejante moneda — replicó

Derstal irritándose. — Nosotros no vivimos en el Empíreo. Las teorías de Lavirón son magníficas para alrededor de la fuente de Hipócrenes, en el comercio de las Musas, bajo la presidencia de Apolo, y en un lugar en donde estén suprimidas las necesidades materiales. Es el eterno asunto para componer las pinturas de los telones de teatro. Pero la realidad es muy distinta. Es necesario comer, antes que otra cosa, pagar después lo que se deba y no crearse preocupaciones por los conflictos que se tienen con los acreedores.....

—Sé franco — exclamó Eva sin poderse contener, —y si te hace falta dinero, dilo; yo tengo.

Á estas palabras, dichas con gran franqueza y con un afecto todavía mayor, una sombra pasó por la frente de Derstal. Inclino la cabeza, y á la sincera efusión de su amiga respondió con una reserva que causó gran pesar á la joven:

—Con toda mi alma te agradezco tu buen deseo, pero lo que me propones es inaceptable; con que reflexiones un solo minuto, acabarás por comprender que tus palabras se han adelantado á tu pensamiento, ó, mejor aún, que tu corazón ha respondido antes que el razonamiento. Con todo, yo no debo ni quiero aceptar de ti semejante favor.....

—¿Cómo! ¿De mí? ¿Ni aun de mí? — exclamó Eva con voz temblorosa; — lo mío ¿no es acaso tuyo? ¿Haces distingos entre lo tuyo y lo mío? Tus deudas, ¿no las hemos contraído juntos? ¿No son una consecuencia de nuestra vida común? Des-

pués de haber conocido la misma miseria, ¿es posible que establezcas una diferencia entre los beneficios de nuestra nueva prosperidad? Lo que yo te ofrezco, te lo debo....

—No—dijo Derstal sonriendo forzadamente.— Esto no es cierto, y mi delicadeza no podría conformarse con tus argumentos. Me conmueven, me llegan al alma, pero no me pueden convencer. Hay una moralidad superior á todo sentimiento, que le prohíbe á un hombre aceptar dinero de una mujer....

—¡Una mujer! — interrumpió Eva con acento doloroso.—¿Una mujer yo? ¿Es esto todo lo que soy para ti? ¡Ah! Yo me creía mejor amada, y juzgada con un poco más de elevación.

Terminaron esta penosa conversación, y en el cerebro de Eva empezó á germinar una duda con respecto á la sinceridad del afecto de Derstal. Para ella, tan exclusiva y sincera, las precavidas reticencias del músico atestiguaban reservas morales que le herían profundamente. Pensó que Derstal no se consideraba ligado á ella indisolublemente, desde el momento que admitía la hipótesis de que podía llegar el día en que tuviese que ajustar cuentas con ella. No por esto ni su ternura ni su amor para el músico disminuyeron. Lo admiraba demasiado para no aceptarle tal como era, con todos sus defectos y con todas sus bondades. Pero, con todo, una sombra de tristeza, una nube de inquietud se reflejó en su mirada. Eva hizo esfuerzos

inauditos para disimular sus impresiones, pensando con muy buen criterio que el manifestar una duda con respecto á Derstal habría tenido por consecuencia entibiar su afecto, y tal vez habría llegado á perderlo. Ahora bien: Eva se sentía atraída hacia él, tanto por lo que tenía de gracia juvenil y encantadora, como por lo que poseía de poética inspiración. Y á sus ojos el músico se confundía tan bien con el amante, que le habría sido imposible amar al uno si hubiera dejado de ser el otro.

Así las cosas, y habiendo terminado las vacaciones y llegado la hora de que Eva hiciese su reaparición en escena, volvieron á París. Se instalaron cada uno en su casa, y así terminó aquella deliciosa intimidad, en la cual habían vivido en Saint-Cloud durante el riente verano. El trabajo de la Ópera sirvió á Eva de gran lenitivo; sus éxitos habían sido tan grandes durante la última temporada, que su director contaba con ella como base fundamental para asegurar la marcha del repertorio. Como era de esperar, debutó con *Erin*; pero vagamente se decía en las crónicas de los periódicos que la gran cantatriz tenía que crear un papel importantísimo en una obra nueva de un ilustre compositor. El título de la obra no se citaba, ni el nombre del autor se revelaba tampoco. Se hablaba de este asunto con palabras encubiertas y precauciones misteriosas; pero era clarísimo que no se trataba ni de *La Veneciana*, ni de Derstal.

BIBLIOTECA UNIV. CATOLICA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Eva no se daba por enterada, ni procuraba enterarse, pues estas gacetillas de carácter oficioso le causaban mucha pena. Temía que, de seguir otra conducta, Derstal se sintiese despechado y que su intimidad se enfriase por esas preocupaciones artísticas tan vivas en el espíritu de un compositor. Seguramente, Derstal no dejaba de leer esas noticias, propagadas con tan prudente habilidad, y, sin embargo, no hacía la menor alusión con respecto á ellas. Parecía ignorarlo todo, y representaba cerca de Eva el papel que ésta representaba con su director, con sus compañeros, con los periodistas y con todos cuantos tenían interés en conocer el fondo de su pensamiento. Lavirón fué quien, con su brutalidad ordinaria, se encargó de desgarrar los velos detrás de los cuales se ocultaba el equívoco. Una noche que estaba en casa de Eva, le dijo:

—Pues bien, amiga mía, según parece, va usted á crear el papel principal en *Leonora d'Este*, del célebre signor Vespucci.....

Eva enrojeció, y dijo con voz temblorosa:

—¿Quién le ha dicho á usted esto?

—¡Bah! Es una cosa que la sabe todo el mundo.

—Pues mire usted, para mí es la primera noticia.

—No se enfade usted por esto, que no hay en ello la menor afrenta. Usted debe saber que Héctor Vespucci es uno de los más brillantes compositores de que se enorgullece Italia. Su música no

es, ciertamente, más mala que la de todos sus congéneres del otro lado de los Alpes. Es charanga de circo, escrita con pésimo gusto. En Europa se adora ese chin, chin, bum, bum. Es lo que más éxito alcanza, y nuestra Academia Nacional de Música, cuya especialidad es dar á conocer artistas extranjeros, se había impuesto la obligación de hacernos admirar esta muestra de arte, si puedo atreverme á llamar de este modo semejantes majaderías. Pero, en fin, puesto que usted ignoraba que se la destinase á interpretar esta obra nueva, yo se lo digo.

—Supongo—dijo sonriendo Eva, que ya se había tranquilizado—que antes me consultarán.

—Seguramente; pero será por pura fórmula. Usted está contratada para cantar los primeros papeles de soprano, y una soprano es el primer papel. Usted no puede, por lo tanto, decir absolutamente nada. Sus conveniencias particulares tendrán que desaparecer ante la necesidad profesional.

—Es cierto; pero cuando dan un trabajo que no complace, siempre le queda á uno el recurso de marcharse del teatro.

—Sí, pagando la indemnización estipulada. ¿Sabe usted á cuánto asciende la suya?

—Perfectamente; es de cien mil francos, y estoy muy lejos de tenerlos, pero me los puedo procurar. Fahrman me propuso, hace algunos meses, una *tournée* por América, dándome cincuenta mil fran-

cos por adelantado en casa de un banquero de París; no tengo más que decir una palabra, y me dará el doble. Entonces estaré libre.

—Libre ¿para qué?

—Para cantar la música que más me complazca.

Lavirón no contestó; bajó la cabeza y encogió los hombros, como cuando estaba descontento y se disponía á lanzar una frase agresiva. Pero sus labios permanecieron cerrados; murmurando, dió cinco ó seis pasos por el salón, y al fin dijo:

—Siempre es bueno y digno hacer sacrificios por el arte. No seré yo, ciertamente, quien procure desviarla en su carrera del camino que le trace la influencia de sus gustos y la tiranía de sus caprichos. El artista no es el pollo que se ceba comiendo maíz en el rincón de un corral; es el ave libre que se desarrolla cantando bajo la inmensidad del cielo. Sin embargo, hay que hacer todo lo posible para que no llegue el momento en que uno tenga que llamarse á engaño.

—¿Qué es lo que entiende usted por esto?

Lavirón levantó la cabeza, fijó en la joven una mirada penetrante, y reanudó sus paseos por el salón, sin que, al parecer, quisiese dar más explicaciones.

Eva conocía demasiado bien al crítico para no comprender que dejaba de decir cosas importantes, con el único fin de ahorrarle sufrimientos. Su inquietud aumentó, pues tenía la seguridad de que entre Lavirón y ella, no se podía tratar más que

de Derstal. Y para que su amigo común guardase silencio, preciso era que lo que tuviese que revelar fuese enojoso para el uno y triste para la otra. No pudo soportar la incertidumbre que le imponía la reserva de su interlocutor; aun á riesgo de tener que sufrir, quiso saberlo todo, y volviéndose hacia Lavirón, añadió:

—Esto equivale á decir que si sacrifico mi carrera á la ambición de consagrarme á la gloria de Derstal, puedo sufrir una decepción. ¿No es esto?

El crítico, hablando lentamente, contestó:

—El corazón de los hombres no está siempre á la altura de su inteligencia. Son muchas las veces en que los espíritus más selectos proporcionan las más grandes decepciones. Entusiasmados con su genio, queremos encontrar en ellos héroes, y con viva sorpresa sólo descubrimos hombres muy vulgares. Es muy cierto que Derstal es un músico notabilísimo, pero ¿se puede asegurar que será un amigo abnegado ó un amante fiel? ¿Sería capaz de un sacrificio artístico semejante al que hace un momento estaba usted dispuesto á hacer? Antes que deshonorarse confeccionando una obra de pacotilla, ¿sabría sufrir y soportar las privaciones, consagrándose al trabajo para crear una obra maestra? En otros tiempos, cuando era pobre y desconocido, supó hacerlo; pero ahora que ha saboreado las dulzuras del éxito y los refinamientos del lujo, ¿tendrá ese noble estoicismo, que es lo único que permite crear concienzuda y serenamente? ¡Ah,

hija mía! Derstal me preocupa, me inquieta. Usted sabe cuántas esperanzas había concebido y fundado en él. Veía en el joven artista la renovación de nuestro arte musical. Íbamos á dejar de ser llevados á remolque por las escuelas extranjeras. Las raíces de la influencia italiana podían, al fin, ser cortadas; la sombra maciza del gran árbol wagneriano cesaba de sofocar los arbustos de nuestra producción nacional. Volvíamos, en fin, á ser lo que fuimos en otros tiempos, y era Derstal quien realizaba este milagro. Por esto le quería; por esto le empujaba; por esto le sostenía sobre los escombros de la música contemporánea, abatida por mí á fuerza de críticas y de sarcasmos. Ahora temo que haga traición á la sagrada causa que nos era común. Sí, dudo de él; y por esto le digo, hija mía, con la mayor sinceridad procure usted que no llegue un día en que tenga que llamarse á engaño.

—Traicionar el arte, es hacerme traición á mí misma—dijo Eva palideciendo.—Ha hablado usted mucho ahora, para no llegar hasta el fin de sus revelaciones. Tenga usted el valor de decirme todo cuanto debo temer.

—Pues bien, hé aquí lo que he sabido. Se dice que obligado por necesidades urgentes de dinero, y cediendo á los constantes ruegos de amigos nuevos, que desgraciadamente ejercen ya demasiada influencia sobre él, Derstal debe haber aceptado las proposiciones de la sociedad directora de la Ópera de Nueva York, comprometiéndose, me-

dante cien mil francos entregados por adelantado á cuenta de sus derechos de autor, á escribir una obra para América.

—¡Ah! Son los Brandón los que han arreglado este negocio—dijo Eva, golpeándose la frente.—Yo temía los resultados de la intimidación de Oliverio con estas gentes, y veo que no me equivocaba. Pero si ha prometido escribir una obra para Nueva York, tendrá que entregar en seguida la partitura, pues los americanos no son lo más á propósito para esperar. Quieren un efecto inmediato á sus arreglos, y gozar en seguida de las ventajas estipuladas.....

—En efecto, Derstal debe de haberse comprometido á entregar su ópera en seguida. El estreno debe verificarse en el mes de Mayo; tiene, pues, seis meses delante de él para escribir cuatro actos, y dos para hacerlos ensayar. Es el trabajo para la exportación en su aspecto más repugnante.

Eva tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Entonces—dijo—¿abandonará *La Veneciana*?

Lavirón no contestó; frunció las cejas, arqueó los hombros, sacó un cigarrillo de su petaca, lo encendió y, echando bocanadas de humo, dijo con amargura:

—Esos americanos son asombrosos. Se ven precisados á improvisarlo todo en su sociedad, en la que todo es nuevo, escudados en sus riquezas, y no retroceden ante ninguna dificultad ni ante ningún obstáculo. Todo cuanto se compra debe perte-

necerles. Se dan por satisfechos pagando el precio que se les exige. Empezaron por comprar los objetos de primera necesidad; en seguida abordaron lo superfluo, y ahora se entregan desenfrenadamente á la compra de objetos de gran lujo. No hay en Europa cuadro hermoso, tapicería rara ni escultura preciosa que no se arrojen sobre ella, como la miseria se arroja sobre los pobres, y se la lleven á su país.

Últimamente me han contado que uno de sus compatriotas, habiendo encontrado en las orillas del Loire un encantador castillo del siglo xv, que ostentaba tantas esculturas como la casa de Francisco I en Cours la Reine, lo había comprado y transportado, llevándose las piedras de la fachada numeradas para reedificarle en Cincinnati ó en Chicago. Tales gentes no retrocederán delante de nada. Se llevarán todos los objetos de arte que descubran en Europa, y sólo nos dejarán las cuatro paredes de nuestras casas. ¿Se asombra usted ahora de que se paguen una ópera del compositor de moda? Lo que más me sorprende es que no haya sido el mismo Barnum el que haya dado el golpe. Pero lo que no puedo comprender es que Derstal se haya prestado. De cualquier otro lo habría creído posible; pero de él..... ¡Ah! Hé aquí una gran ilusión perdida. Yo, que siempre había dudado de todo, me he confiado en la vejez, dejándome engañar como un niño. Y ¿por quién? Por Derstal.....

Eva quería obligar á que Lavirón precisase los hechos. Hasta entonces había entonado un himno de recriminaciones; pero las acusaciones permanecían vagas, indecisas. Decía: «Cuentan que..... Me aseguran que.....» Pero, ¿era esto cierto? Las noticias circulan en París con una rapidez extraordinaria, y las más calumniosas son generalmente las más tenaces, como si la maldad de las gentes no pudiese decidirse á abandonarlas. La cantante replicó:

—Comprendo su irritación, si es que tiene usted la prueba de que todo lo que le han contado es cierto; pero antes de anonadar á Derstal sería preciso asegurarse de que es culpable.

—¡Culpable!—exclamó Lavirón.—Con respecto á mí, ni lo es ni puede serlo. Nunca me ha prometido nada, y, por lo tanto, es libre de hacer lo que mejor le parezca. Si tiene ganas de deshonorarse emborronando una partitura para salvajes, es cosa que sólo importa á su conciencia. Yo no le he vendido mis elogios, y tiene el derecho de volverme la espalda cuando le acomode. No he sacrificado nada por él. Soy un desocupado cualquiera, que le ha seguido porque sus cantos le gustaban, del mismo modo que los mirones se dejan llevar á remolque por las músicas de regimiento. El día en que el ruido que haga no me agrade, me detendré, dado caso que no me parezca conveniente silbar. Uno y otro somos completamente independientes.

Miró á Eva con ojos en los que se reflejaba la más grande irritación, y añadió:

—Con respecto á usted, no se encuentra en el mismo caso.

Eva tembló, y levantando sus hermosas manos hacia el crítico, como para pedirle clemencia, dijo:

—No le condene usted todavía. En cuanto á mí, quiero saber la verdad, quiero oirla de sus propios labios; no creeré que haya tenido un pensamiento relativo á su arte del que yo no haya sido la primera confidente, hasta tanto que no me lo haya confesado él mismo. Creo en su ternura con mayor tenacidad aún que usted en su orgullo. Espere usted á que le haya visto y á que le haya hablado, y si lo que me acaba usted de decir es cierto, será preciso todavía que apreciemos las circunstancias que le hayan obligado á hacerlo.

—No hay nada que pueda obligar á un artista á traicionar su arte—exclamó Lavirón con vehemencia.—Es preciso saber reventar de hambre, de frío y de tristeza trabajando para hacer una obra maestra. La gloria no se conquista más que á este precio. No se llega hasta ella más que entre las privaciones, las injusticias y los ultrajes. El camino de la gloria es el camino de la cruz, y con frecuencia sólo se llega al Calvario para morir en él. Pero ¿qué importa, si se sucumbe dejando una obra inmortal?

—¡Ah! Es usted de una intransigencia terrible —exclamó la cantante.—Usted no forma parte

de la humanidad; su ideal artístico es absoluto, y usted no permite que se doble, ni aun arte las pasiones, las debilidades ó las faltas humanas.

—No—dijo el crítico con rudeza.—Es cierto; yo quiero al artista de cuerpo entero, francamente enamorado de su ideal; pero queriendo llegar á realizarlo por medio de la lucha noble, y no valiéndose de estratagemas más ó menos hábiles. Por regla general, los hombres me odian á causa de estas teorías, que son la regla de mi vida y la base de mis juicios; pero me importa poco. Así pienso, y por todo el oro del mundo no querría pensar de otra manera.

—Y yo—dijo Eva,—¿no voy á verme obligada á cantar un papel en la ópera de ese italiano cuya música me da náuseas? ¿Qué piensa usted de mi capitulación?

—La compadezco—dijo Lavirón, que había recobrado la calma;—pero á usted no puedo censurarla. Usted no es libre. Usted pertenece á un teatro, al que debe todo su tiempo, todos sus esfuerzos y todo su talento. ¿Le han dado á escoger entre un trabajo medianamente pagado, pero que esté en armonía con sus gustos, y otro retribuido largamente, pero que la disguste? No; su director le ha dicho: «Tiene usted que cantar *Leonora d'Este*.» Pues bien; cántela, y lo mejor que pueda. Encubra con su encanto personal la indigencia del músico; y al cumplir su deber con probidad, habrá encontrado el medio de sacrificarse en aras del arte.

—¡Cuán indulgente es usted para mí—dijo Eva suspirando—y cuán severo para Derstal!

—Usted le quiere demasiado—replicó Lavirón encolerizándose.—Tengo la seguridad de que si le pedía que fuese á Nueva York ó á Chicago para cantar su obra de pacotilla, dejando plantados en París á sus admiradores y á su teatro, sería usted capaz de seguirle.

Eva hizo un gesto de dolor.

—¡Ah!—murmuró.—Lo que yo temo ahora es que no exija de mí semejante sacrificio.

Y bajando la cabeza, dejó que las lágrimas corriesen silenciosas por sus mejillas. El crítico, pálido de emoción y con las cejas fruncidas, la miraba mientras hacía un cigarrillo. Se puso á andar impaciente, con la barba pegada al pecho y dando grandes pasos. Pasado un momento, Eva se levantó, cogió al crítico por una mano, le obligó á que fijase en ella sus ojos, y le dijo con voz temblorosa:

—Lavirón, prométame que, suceda lo que suceda, no atacará usted nunca á Derstal.

El crítico no contestó, pero trató de volver la cabeza. Eva repuso:

—Después de lo que usted ha escrito con respecto á él, esos admirables elogios que le han valido la consagración definitiva, atacarle sería lo mismo que entregarle atado de pies y manos á sus enemigos, que le arrastrarían por el lodo. Prométame usted que no lo hará nunca.

—No, no—gritó furiosamente Lavirón.—Yo no prometeré esto. Después que por él ha ahogado usted su conciencia, pretende poner cortapisas á la mía. Ha sido muy dichoso; ahora es preciso que justifique su felicidad.

Eva miró al crítico fijamente. Le pareció que en sus violentas palabras había algo más que la indignación del artista, y que ese algo no era otra cosa que los ásperos celos de un hombre enamorado en secreto. Se acordó de todas las alabanzas, de todas las adoraciones, de todos los entusiasmos de Lavirón, y empezó á comprenderlos mejor. Derstal había sido el niño mimado del viejo escritor porque formaba parte integrante del talento de la cantante. Lo que Lavirón quería en él era ella; y su furor, tan rudamente manifestado, tenía por causa su indignación al ver á Eva traicionada, y por consecuencia, haber sido engañado él á causa de ella. Un sentimiento de afectuosa piedad calmó su corazón; su hermoso rostro se iluminó, y volviéndose sonriente hacia el crítico, le dijo con dulzura:

—Vamos, vamos, no nos enfademos. Siéntese usted aquí, encienda el cigarrillo y escuche, que voy á cantar un trozo de Mozart para usted solito.

Lavirón la obedeció. Eva se sentó ante el piano, preludió, y con su voz espléndida y brillante entonó la hermosa aria de *doña Ana*. Lavirón, con los ojos fijos en las azuladas ondulaciones que despedía su cigarro, había olvidado sus rencores.